

A close-up photograph of a person's hand holding a wine glass. The person is wearing a dark, long-sleeved garment with a ruffled cuff. The background is a dark night sky with a blurred cityscape and lights visible in the distance. The lighting is dramatic, highlighting the hand and the glass against the dark background.

EL EXTRAÑO OLOR QUE HAY EN MÍ

Ania Mireya Carrillo Reyes







EL EXTRAÑO OLOR QUE HAY EN MÍ

Maquetación: Daniela Luna.

Fotografías: Javier Saltarín.

Impresión: RS Publicidad.

Cra 43 No. 40 - 53, Barranquilla.

2017



EL EXTRAÑO OLOR QUE HAY EN MÍ

Ania Mireya Carrillo Reyes

Tesis para optar por el título de
Magister Interdisciplinar en Teatro y Artes Vivas

Directora
Adriana Urrea

Universidad Nacional de Colombia
en convenio con la Universidad del Atlántico
Facultad de Artes.

Barranquilla, Colombia

2017





Dedicado a todos aquellos que desean encontrarse a través de su olor,

Dedicado a quienes se aman.

AGRADECIMIENTOS

Gracias, Dios por acompañarme en mi camino de vida. Gracias a mi familia: Harold Carrillo, mi padre, a Marta Reyes, mi madre, y a Lania Carrillo, mi hermana, porque nunca han dejado de creer en mí, porque confían en mis capacidades, porque siempre me han apoyado, por su amor incondicional.

Gracias, maestra Adriana, por su guía, paciencia, y enseñanzas, por dejar significativas huellas de vida, en mí.

Gracias, Catalina y Jesús, mis amigos, hermanos de las artes.

Gracias, Edna, porque estuviste donde yo no estuve, y yo estuve donde tú no estuviste.

Gracias, Jaidy, por esa voz de motivación, que reconfortó mi alma cuando decidí emprender mi desplazamiento de Barranquilla a Bogotá, significativa decisión.

Gracias, mi gran y respetado maestro Rolf, el honor de haberle aprendido tanto.

A Javier S, por presentarme esta maestría y continuar acompañándonos en la vida...

Gracias.

En el mundo occidental los códigos olfativos han servido para apoyar a la elite «fragante» o «inodora» judíos y los negros. Esos códigos se emplean en distintas culturas para expresar e imponer divisiones y jerarquías entre ambos sexos. En ciertas tribus de Brasil las mujeres y los niños huelen «fuerte» a los hombres, quienes consideran de sí mismos que desprenden un «olor suave»; así, en Occidente la mujer ha estado tradicionalmente asociada a los reinos «inferiores» del tacto, el gusto y el olfato, los ámbitos del dormitorio, la cocina y la habitación de los niños, a diferencia del hombre, que se ha relacionado con los reinos superiores» e «intelectuales» de la vista y el oído, los ámbitos de la erudición, la investigación y el gobierno.

Fabián Ortiz

(...) ir más allá de lo audiovisual y recobrar los sentidos del olfato, el gusto y el tacto como objetos de investigación seria.

Constance Classen

ÍNDICE

CARTA AL LECTOR	21	<i>Cuerpos negros</i>	60
(MI) RESTROSPECTIVA DEL OLOR	23	Barichara y Lubigará – Santander	64
El olor de mis fosas nasales	24	<i>La casa quinta de la Señora Andrea</i>	65
La sartén de mi abuela	29	<i>Los olores fotográficos</i>	66
Oliendo la comida de mi abuela	31	Bogotá D.C: La ciudad que no me huele	75
DERIVANDO ENTRE LOS OLORES: LAS CUATRO (4) B	34	<i>Caminando – olfateando</i>	76
Barranquilla –Atlántico	35	<i>Mis preguntas por el olor</i>	78
<i>Oliendo el Centro Histórico</i>	36	<i>Continuación de mi producción de olores</i>	81
<i>Aleph de olores: contrapunto con Sissel Tolaas</i>	39	<i>Destilando mi cuerpo</i>	83
<i>Los floristas de calle</i>	44	<i>Olfato en fragmentos</i>	84
<i>Los baños de flores</i>	49	RETORNO A BARRANQUILLA	89
Buenaventura – Valle del Cauca	52	¿Una alquimista del olor?	90
<i>Atlas Provisorio Bonaverense</i>	53	Huele a...	91
<i>San Yu</i>	53	REFERENCIAS	98
<i>La Galería</i>	55	BITÁCORA	
<i>El fango</i>	58		
<i>Madera mojada</i>	58		

Huele todo.

Hueles a todos.

Cuando hueles algo, ¿qué sensación pasa por tu cuerpo?

¿A qué hueles tú?

Todo parece oler, ¿verdad?, aun cuando acercamos nuestra nariz a algo aparentemente inoloro, huele a algo, o a nada. Quizá la nada también huela. Una imposible posibilidad...

El olor determina gran parte de nuestra relación con el entorno, el olor nos brinda la posibilidad de hallar el primer indicio de supervivencia cuando apenas hemos brotado del vientre de la madre, el olor de la fuente de alimento primigenia, para no padecer de hambre cuando somos muy pequeños e indefensos.

Hay olores que no se te olvidan, ¿son recuerdos?

Olores que buscas para tener la certeza de algo.

Olores que no quieres oler, aun así, los hueles porque de alguna manera te alertan.

El olor habita todo el tiempo con las formas del mundo, por eso las ves, las

huele hasta las saboreas, las escuchas y las tocas. Moléculas fantásticas que vuelan a tu alrededor como si fueran invisibles, en ciertos momentos te invaden, te extasían, te repelen, te toman por sorpresa. En una palabra: eres vulnerable frente al olor.

Hueles todo, todo el tiempo, lo que pasa es que nos distraemos.

Ahora mismo estás oliendo y no te das cuenta.

En este gesto escritural, hallarás el recorrido que a lo largo de estos dos años me llevó a la inquietud del olor. La retrospectiva del primer olor que recuerdo en mi vida, pasando por los aromas de la cocina de mi abuela materna; el redescubrimiento del centro histórico de mi ciudad natal, Barranquilla, a través de su diversidad de olores, el aprendizaje de un oficio de calle, la venta de flores y sus baños en esencia para la buena fortuna; los viajes a varios lugares del país, cuyas iniciales de sus nombres empiezan por B, registrados en mi archivo corporal-memoria olfativa, por su particularidad de olores; olores que son imágenes para mí; el lapso de mi vida en una ciudad que no podía oler y toda la obsesión que desencadenó hasta por olerme y destilarme a mí misma, para luego retornar a mi sitio de origen.

Los espacios vacíos de letras que encontrarás en algunos momentos de tu lectura, te permitirán, quizás, olerte y oler aquello que yo he olido o buscado oler. O que quizá pase el tiempo o llegue el silencio...

(MI) RESTROSPECTIVA DEL OLOR

Los escritores hablan fetideces.

Kafka

Como el título lo indica excavo en mi memoria hasta llegar al primer olor que recuerdo desde la edad más temprana, para encontrar luego el olor que a continuación redescubro, y que fue motivado por una curiosidad necia de niñez, que marcó lo que posteriormente significaría para mí oler mi entorno, hallar una manera de comunicarme con el mundo a través del olor.

El olor de mis fosas nasales

La memoria de mi cuerpo está inducida por el olor.

El “casi” primer olor archivado en mi cuerpo es la humedad de lluvia, que luego, con el pasar del tiempo, se transformó en algo al que llamé mocos. No sé, si lo que para mí huele a mocos es lo mismo para ti, lector.

En mi infancia la respiración era difícil: nariz completamente bloqueada, bronquios cerrados, pecho entumecido, tórax con movimiento acelerado. Solo al abrir la boca llegaba el oxígeno. Cada intento por tomar aire por la nariz era un indicio de un dolor localizado en el centro de la espalda, tos incesante, agotamiento, padres angustiados. Era una niña de tres años con un cuadro severo de asma.

Aquella curiosidad obsesiva por descubrir la vida en el olor de la humedad de la lluvia, produjo un impacto térmico en mis alveolos y bloqueó mis fosas nasales durante once años. Se hizo entonces evidente la dificultad para oler y respirar y parecería que mi cerebro separó estas dos acciones en el cuerpo: respirar u oler. Aunque parece que estas son acciones simultáneas cuando por mucho tiempo has tenido la sensación de que si respiras solo llenas los pulmones de oxígeno, o si hueles solo te concentras en ello, desarrollas una particular necesidad de llegar al mundo mediante el olor. Un mundo

inoloro puede enloquecer, tal como le ocurrió al personaje Jean-Baptiste Grenouille, del libro *El Perfume* (Süskind, 1985), quien, al descubrir que no poseía olor propio, se obsesionó tanto por tener un lugar en el mundo a través del olor, que ideó la forma más aterradora y sensual de buscar, hallar y capturar olores puros, con el único fin de producir el aroma más bello y perfecto del mundo, llegando al punto de cometer actos atroces. Para mí Grenouille es un demente exquisito.

Y es que nariz, boca, pulmones, aparato digestivo forman un todo. Lo supe cuando mi nariz quedó invadida de mocos y todo el sabor de los alimentos quedó alterado, y no encontraba cómo orientarme. El mundo aparecía inoloro e insaboro. ¿Cómo vivir así? Es necesario respirar para mantenerse con vida, pero, ¿es suficiente para vivir?

Kant pensaba que uno podía orientarse en el pensamiento y proponía un método. Didi-Huberman (cfr. 2013, p. 9) se pregunta si en la actualidad es preciso orientarse en la imagen. Yo me pregunto, en este discurrir que ha ido surgiendo en el proceso de indagar el extraño olor que hay en mí, si mediante el olfato y el gusto he buscado orientarme en el mundo, si la memoria, la mía, ha guardado, casi como tesoros, ciertos olores que me han permitido estar en el mundo y, quizá, conocerme. ¿Qué tipo de conocimiento genera el olor?

Cuando durante mucho tiempo no has oído más que los mocos que te ha-

bitan, y, luego, cuando, por fin, no los hueles más, aparecen infinitos olores y surge un placer sin igual. Y te dedicas a oler con detenimiento todo lo que te rodea. Oler se torna una necesidad como el comer, como el defecar, orinar, etc. Entonces se inicia ese redescubrimiento de la vida: puedes respirar y oler al mismo tiempo, el mundo entrega sus matices, y es distinto al que creías que era.

Pero entonces, la nueva condición no te sustrae del mundo, sino que despliega una extraña y sutil adaptación para vivir con ello. Olfatear, husmear se vuelve recurrente, casi una brújula de vida y el gesto animal de supervivencia se impone. Podría decir hoy: huelo, luego existo. Soy porque huelo. La vida huele. Los cuerpos huelen. Las materias huelen. Nada en la vida es inoloro. Lo dice con creces la muerte.

Y así olfateo... Olfateo el cabello de tu madre: lo hago sin pudor y sin mesura. Olfateo sus mejillas, el aliento de su boca, sus axilas, su cuello, su ropa. Lo hago para comunicarme con ella.

Y, no obstante, no sé si te ocurre lo mismo, lector, no solo hueles a la madre. Hueles todo. Es la ambición extrema de oler el mundo, todo y cada una de las cosas que en él están o aparecen. Oler un “peo” que sale del culo. Oler el caño fétido, olor del plástico, el plomo, el mercurio, el aroma de flores vivas o muertas, el asfalto... Sin fin...

A cada olor reaccionas acercándote o alejándote, y por más efímero y étéreo

que sea el paso de sus moléculas algo queda impreso en algún lugar de tu cuerpo. No les colocas nombre a esos olores, simplemente quieres seguir oliendo.

De manera especial, quiero a referirme al olor del “amor”. En el encuentro amoroso husmeas cada resquicio del cuerpo amado o que estás amando. Frecuentas unos más que otros e inicias una creación y reasignación de códigos identificatorios que el solo olor de ese cuerpo te entrega, sin que medien voz u otros signos.

Frecuentas quizás las axilas, todas las veces que el deseo así lo diga, cada vez que el otro cuerpo las exponga, y se inicia una manifestación infinita de olores: pueden provenir de la misma axila, o de la otra, el olor es el mismo, pero distinto cada vez. Y así vas husmeando un cuerpo y lo vas incorporando...

Entonces, un imaginario del amor-olor impregna tu manera de existir: hueles al otro en tu propio cuerpo. Esto sucede en un momento particular, en un estado específico, en unos minutos del día: cuando recién te despiertas hueles a saliva, pero no es la tuya, huele a la saliva de aquel que amas; huele, porque babeaste de noche. Y la atención se vuelca en ese olor a saliva...: huele a caramelo o por lo menos, es la manera en como la logras identificar, con un símil. Y entonces quieres más, buscas con más intensidad sentir, volver hacer el amor con aquella persona. Te detienes desnuda en el baño, te sientas en el inodoro, estás en silencio, en quietud. Diriges tu nariz mirando

hacia tu ombligo, empiezas a oler y encuentras que los pechos, las axilas, la entrepiernas, la pelvis, los vellos púbicos, el orificio vaginal, huelen a lo que tú has identificado como el amor. Porque huele, lo ves. Lo sientes como si estuviera allí. Se activa otro sentido, el de la piel, los vellos corporales se erizan, el corazón late fuerte y en medio del olfateo obsesivo, se cuele un suspiro, expulsado por la boca, con un vaho de aliento que proviene con un olor ácido del estómago, pero sigue tu cerebro concentrado en ese exquisito olor del ser amado. Solo se da en ese momento, por unos breves minutos, tan parecido a un orgasmo: hueles hasta el clímax y luego no está, se disipa con las otras moléculas del ambiente. Retornas.

Los olores te sitúan en un umbral, frente a algo que deseas pero no puedes tener, o que no soportas y lo tienes cerca. En cuanto a la experiencia en sí, esa imposibilidad de desocultarlo del todo, de desentrañar lo que sucede adentro de uno, de lo que sucede afuera, es tal vez lo más característico. Además, los insumos de las artes tradicionales son visibles, mientras que los del arte olfativo son invisibles o responden a una estructura ausente. (De Cupere, 25 de agosto de 2016)

El umbral no es más que el deseo, la pulsión que te comunica algo, consciente o no. Cuando por fin llegó el olor a mi experiencia de vida la cocina me trajo sensaciones, ahora invisibles y ausentes en su materialidad, pero las llevo impresas.

La sartén de mi abuela

Después de tantos intentos, por conseguir tocar por lo menos un fruto de ese gran árbol sembrado en la puerta de la terraza de tu abuela, y que casi con el cuello encalambrado y el brazo adolorido, logras que caiga esa fruta pequeña, ovalada, dura y amarilla, golpea tu cabeza, la tomas del piso, le das golpes contra las piedras, se rasga, emana un sutil olor que te incita a morder: es una almendra madura. Le metes el diente con los ojos cerrados, las ves también, pero lo que el olfato no te advierte, es que has amputado con los dientes, masticado y tragado, la mitad del cuerpo de un gusano blanco, un gusano de fruta.

El olor de la almendra se convierte en la tinta invisible con la que dibujas sobre el piso de concreto en la terraza de la casa de tu abuela. He frotado la almendra sobre este piso, el líquido que sale mancha por unos instantes y

luego se desaparece, así como la piel carnosa de la misma. Quedan el olor y una coraza más dura del fruto que me veo obligada a golpear con fuerzas para quebrarla, porque más adentro está lo que de verdad quiero de la almendra, el “coquito”. Ya no huele igual, y alcanzo a oler otra capa de olor. Sigo mi labor, golpeo el coquito, el corazón de la almendra contra las piedras y a medida que se va quebrando, huele más: huelen las manos, los dedos, entre las uñas. Todo se combina en una suerte de una aroma maderoso y mineral. Quito toda esa capa dura quiero llegar al meollo del cuerpo de la almendra. Huelo el coquito antes de llevarlo a la boca, los masco y abro la boca para que salga de ella el olor del coquito, que me huele y me sabe. Persistes en repetir el ritual, pues el coquito, que es apenas un óvalo pequeño de 2 centímetros de diámetro, es lo que más disfrutas. Casi un sacrificio: me como el corazón de la almendra su olor y sabor me dan un placer indescriptible.

Ahora, imagina lector que estás conmigo bajo el árbol de almendro y desde el patio llega el olor a carne frita que está preparando la abuela para el almuerzo. Abandonamos las almendras y caminamos hasta el final de la casa. Salimos a la cocina-patio y sobre un fogón de leña está la pequeña sartén, “tizná”, pero firme, a donde se cuecen y sofríen la carne con tomate y cebolla: ella, la sartén, no quema ni pega nada que se le coloque. Como no hay nadie, estamos a unos pocos pasos frente a ella. Como sea, hago porque se

dilaten los orificios nasales para que penetre más el olor, ese mismo que te hace crujir el estómago, y es que cuando hueles, cierras los ojos, hasta que te sacan de ahí con un jalón por el brazo, porque estás buscando quemarte con lo que está sobre el fogón de leña.

Oliendo la comida de mi abuela

Antes que una comida sepa bien, primero debe oler bien.

Abuela Olga Mendoza

Después de llegar del colegio todos los medios días, sentarse en la sala de la casa de la abuela a esperar que sirvieran el almuerzo, se convertían en los cuarenta minutos más deseados, cuarenta minutos en los que me sentía como en un concierto de olores que invadían la casa toda: el sofrito del tomate con cebolla; sobre la carne, las lentejas sazonadas solo con ajo y sal, el arroz blanco definido, los guineos maduros (bananos), el agua e' panela sin limón. Cuando el plato llega a la mesa, frente a él, hueles, casi inconscientemente, antes de dar el primer bocado .

Yo aprendí a cocinar, primero miya, metiéndole la nariz a todas las comidas de Loncha, mi abuela. (Abuela Olga Mendoza, en en conversación con su nieta, Ania Carrillo, 2015).

Con el bienestar del almuerzo, me dirijo a la cocina. Ingresamos a ese espacio invadido de diversas aromas, que te invitan a permanecer allí en aquel sitio ahora solitario, salpicado, ahumado, con platos y ollas impregnados de comida, rastros de hollín, ceniza, huellas que circulan del patio hacia dentro de la cocina y de la cocina hacia el patio. El silencio de la 1:30 p.m. hora en la que el mundo se aquieta. Casi somnolientos, seguimos los pasos, sales al patio y vemos el fogón de leña ahogado por, quizás, un baldao de agua. Huele a madera con leña mojada, un humo tímido se desvanece en el aire, y hallamos la sartén, pequeña, tiznada, aceitada, con pedacitos de tomate y cebolla, una que otra bolita de carne, aquella que vieron comer en el almuerzo. Acerco la nariz y por fin identifico el olor que tanto recuerdo. Imagino cuando la abuela está cocinando, es como cuando encuadra la figura en el Tetris, así encaja ese olor en el olfato. La abuela, a lo lejos, me pide que agarre la sartén y le ayude a lavar los “chismes” (platos, loza) en la batea del patio con un poquito de “Fab”, para que se le arranque la grasa. A pesar de que restriego varias veces, el olor del sartén está impregnado, permance,

es indeleble. Se concentra cuando está al fuego, al frío se suaviza, pero sigue allí.

El asunto es que ese olor “contagia” y transita por los alimentos que cocina la señora Olga Mendoza Wedekind, sean estas tajadas maduras de plátano, carne, huevo, hígado, pollo, o lo que allí se cocine. Ese olor toma formas diferentes, se adapta, negocia con las materias pero se instala en mi bulbo cerebral. Lo recuerdo siempre, ese olor que durante cuarenta y cinco años ha vivido en la sartén, en las narices de tres generaciones que han olido y degustado la comida de la abuela.

El olor de esta sartén, donde puedes fritar de todo mija, es de hace cuarenta y cinco años. (Abuela Olga Mendoza, en conversación con su nieta, Ania Carrillo, 2015)

DERIVANDO ENTRE OLORES: LAS CUATRO (4) B

Un andar sin rumbo, caminar, merodear por uno o varios lugares, no pre-venirme ni marcar un destino particular, eso fue lo que pensé una vez que llegó a mí, la invitación de derivar, inicialmente por el centro histórico de la ciudad de Barranquilla, una acción que no había ejecutado antes. Esta experiencia implicó aguzar mi conciencia del estar presente y me permitió redescubrir otro tipo de ecosistemas en este gran entorno, el más importante: el olfativo.

Ese derivar me llevó a varios sitios distintos: salí de Barranquilla. Por coincidencia los nombres de aquellos lugares inician con la letra B, de ahí el nombre este capítulo.

Barranquilla, Buenaventura, Barichara, Bogotá... Las he olido en tanta su intensidad, mientras escribía.

Barranquilla – Atlántico

Enero a mayo de 2016

10.9685400° de latitud

-74.7813200° de longitud

31°c de temperatura promedio al año

24 m de altitud sobre el nivel del mar

87% de humedad relativa promedio

Oliendo el Centro Histórico

Un andar lleno de contrastes, de laberintos odoríferos, ropa, vendedores ambulantes, objetos para comprar, estrenar, olores penetrantes, de gusto, de miedo, de asco, de repelencia.

Debemos escribir, y lo consigo, la memoria de estas derivas: registrar imágenes, sensaciones. En mi bitácora priman los olores de ese centro que descubro, no sin resistencia: no es tan fácil hurgar este paisaje urbano, en el cual emergen micro ciudades dentro de la misma ciudad, rostros, miradas, olores. ¿Qué habrá querido decir Kafka cuando fijo “el escritor escribe fetideces”? ¿Será que escribe el olor de la verdad?...

El centro envuelve, silencia la boca pero no cierra la nariz que te protege: pasas o no por un lugar por la previsión de su olor. La panadería con su chimenea que huele a pan de queso. La venta de flores de calle. Hemos querido forzar la asociación del olor de las flores, la rosa por ejemplo, con un aroma exquisito, no obstante, esta no necesariamente es un aroma, un perfume. Las rosas muertas, por ejemplo, podrían heder. La cultura ha tendido a vincular las rosas con un espacio de armonía, pero su olor no necesariamente coincide con esta. Las rosas hacen daño con sus espinas; las rosas en exceso pueden ser fétidas.

Deambulas por el centro y alertas todo el cuerpo, caminas más rápido o

más lento. Por lo general, si huele a orines rancio te tapas la nariz, caminas rápido porque no aguantas mucho tiempo sin respirar, o lo evitas, te puede contagiar ¿de qué? Le tememos a los olores. Sobre todo a los olores de la gente y más, quizás a los de los habitantes de calle. Pero cuando te embarcas en una ¿góndola? para un tour por el Caño de la Ahuyama en pleno mercado público del centro de la ciudad, como el que propuso la artista plástica Karina Herazo, mi compañera de deriva, ves, desde el precario equilibrio de la frágil embarcación, las tripas de las vacas y caballos que flotan en el agua hedionda. La repugnancia inicial, luego se vuelve imperceptible. Te asqueas, pero soportas.

Y es que el olor, efímero e intenso, agradable o fétido, tiene la cualidad de que genera tal costumbre que termina como desapareciendo. Aunque andes más rápido o despacio por las calles basurero, o te deslices sobre el gran ojo de agua putrefacta que te rodea, tu nariz se abre y huele, olfateas con tal fuerza, y, poco después ya no puedes oler. El mismo olor te salva de perecer en él por placer o repugnancia. Rara naturaleza del cuerpo.

El hedor es un signo que no logramos entender, pero que expresa, de nuestra parte, un sentimiento especial, un estado emocional de aversión irremediable, que en vano tratamos de disimular. Más aún, se trata de una emoción que sentimos [...] (Kusch, 1999, p. 25)

Al hedor se sobreponen los aromas del mango maduro, de la mandarina, el olor a maíz en sacos, el olor a sol sobre cuerpos sudados. Y en esta deriva hueles, cuando pasas por una cuadra del Boliche, la venta del chorizo radioactivo, un olor denso, que atrae a comensales a degustar en picada, con bollo limpio y limón, donde se puso a bailar, otro de los compañeros de deriva: Nibaldo Castro.

La calle de las películas piratas, el ruido de los televisores plasmas, la pasta de los dvd's, las bolsas, las carátulas mal impresas con el poster de la película, los televisores pantalla plana junto con un aparato llamado teatro en casa. Te acercas y todo huele; parecería que al estar encendidos, estos artefactos despiden un olor y cuando llegas a tu casa, prendes el tv, acercas la nariz y huele, a los televisores de la calle de las películas piratas a donde nos llevó la deriva de Javier Saltarín.

Aleph de olores: contrapunto con Sissel Tolaas

Dice esta artista-científica noruega que los “olores, bacterias y las bacterias que producen olores nos rodean todo el tiempo.” (Tolass, 2006) y, por ello propuso un inventario de más 7000 mil olores del mundo.

Desde Barranquilla le propongo estos, por ahora:

Olor a loco

Sudor incipiente de una pareja que empieza a bailar champeta en un andén a las 2:30 p.m.

Vestido verde que huele a calor de sol

Estela de olor de una loca que pasa a tu lado en la calle

Venta de flores en la esquina del parque San José

Martillo golpeando sobre una lámina: huele a metal

Olor de almendra madura

Residuo de azúcar y café en un vaso plástico

Orina por doquier

Mierda seca en un rincón de una paredilla

Mugre y arena levántandose en el aire sobre el parque San José

Dos valecitas sagradas recién bañados hediondos a “pachulin”

La bincha de flores

El olor de la jaula de canarios (alpiste, popo y papel periódico)

El olor a cigarro en medio de tertulia de ancianos

El periódico

Ambientador con olor dulzón fuerte dentro del establecimiento de Chicas

Lindas Bar Club

El olor a tinta de impresión en el pendón que dice “Minutos”

El polvo que se levanta del suelo mientras tiras un pase de champeta en medio de la calle

La brisa fuerte que lleva hojas secas

El árbol de almendras y sus frutos casi podridos en el suelo

La cerveza derramada en la entrada de los Billares El Emperador

La carreta llena de guineos maduros

La comida para perro

Las prostitutas del Hoyito, el burdel vecino del parque de San José, cuando llegan a saludar a Doña Lina

Mami, negra, yo quiero que me vendas los 5 baños de flores pa’oler rico y que los clientes lo sientan en mí.

(Prostituta del Hoyito, en conversación con Ania Carrillo, 2016)

Un cuerpo hediondo a sol

Quizás, tú lector, quieras proponerle algunos olores más. Aquí hay un espacio en blanco para que escribas:

Y para terminar este listado conjunto te presento unas palabras que existen en totonaco de Papantla, una macro lengua de Veracruz, México, para designar olores.

5.1 c̣'i:kgan

Este término se puede glosar como olor a plumas, pelo, cuerno, que se queman.

5.2 haksa

Se utiliza para designar un olor muy fuerte, desagradable. Se trata de un olor hediondo que no se soporta. Es un olor que molesta. (Enríquez, 2004, p. 113)

Los floristas de calle

Aquellos que compran flores, y más si son de calle, las desean baratas y hermosas. Si algún tallo o rama se ven medio quemadas o negritas por el calor del ambiente, nadie las quiere comprar.

Las flores deben lucir hermosas, de no ser es así, van a la basura o son arroja-

das debajo de un bordillo en la calle del Centro de la ciudad de Barranquilla. En estas derivas me encontré con la señora Lina, la florista que se ubica en la calle del Parque San José, frente a la Biblioteca Departamental. En la calle se pelean con los policías que quiere que despeje el espacio público; se enfrenta a otro vendedor ambulante, que quiere ese, estar en ese lugar; se pelea con la naturaleza: contra el sol que marchita y seca o la lluvia que destruye. Necesitan proteger la mercancía de donde proviene su sustento, de la autoridad, del vecino, del clima.

Una venta de flores de calle no es un espacio de aromas suaves. El olor es fuerte, ácido, como abombado. A las flores hay que limpiarlas y mantenerlas lozanas todos los días. Se cortan las hojas de los tallos que estén secas, se deshojan los pétalos marchitos. A las que tienen espinas, como las rosas, se les cercenan con un cuchillo. A otras que no tienen color, como las margaritas blancas, se les tiñen los pétalos con colorantes naturales, para que luzcan más hermosas.

Doña Lina y su marido, don Mario, llevan diez años en este oficio de vender flores y en ese lugar. Han aprendido a tratar las flores y a hacer arreglos florales: han observado con detenimiento revistas; han escuchado lo que otros les comparten.

Las flores vienen dormidas, están arrugaitas, huelen más, el calor como que les alborota el olor, yo creo más bien, que como vienen todas juntas, se mezcla el olor y se concentra más, cuando uno abre la caja, sale como un vapor, una estela de olor revuelta de todas las flores, es que ellas vienen de lejos, desde Medellín, imagínese. (Sr. Mario en conversación con Ania Carrillo, 2016)

Los vecinos o asiduos de la zona, vendedores, putas, comerciantes, transeúntes, todos, se acercan a la florista en busca de un arreglo floral pero sobre todo, de un golpe de suerte:

Mira, esta agua que tú ves que estoy echando sobre las flores, son baños de flores, con OLOR, el que ha pasado por aquí y me ha visto, me dice que si son para atraer clientes y plata, yo les digo que sí. Quisiera hacer más baños de flores pa' vender, pero no me da tiempo. Si quiere le enseño a cómo hacer baños de flores, uff eso apenas la gente lo huele, se lo van a querer echar encima o regaito en la casa, a veces, cuando me quedan

pétalos de rosas, me hago mi poquito y lo mantengo pa' la casa. (Sra. Lina en conversación con Ania Carrillo, 2016)

Y entonces me pregunto: ¿por qué estas mujeres y hombres que pasan cada día u ocasionalmente buscan el golpe de suerte, un poeta había buscado el golpe de dados, aquel que jamás abolirá el azar, en los olores de la flores y no en las letras de la biblioteca, vecina a Doña Lina? ¿Por qué a los dioses les complacían los olores de la carne sacrificada, del incienso? Es como si los olores hubiesen sido, o fuesen aún, plegarias de los frágiles humanos a los todopoderosos seres que tienen en sus manos su destino.

En estos tiempos de dioses esquivos, en esta ciudad del Caribe colombiano que le ha dado la espalda al río y donde que el mar es apenas un anuncio, la calle del centro huele a calor, a cemento reseco; el sol pega fuerte sobre cada cuerpo o materia que por allí transita. Los cuerpos destilan sudor. Y tu nariz percibe el olor que emana de los poros de la piel; traspasa los poros de tela de la ropa que llevas puesta, pero también se queda allí, impregnando tus prendas de vestir. Llevan la marca de ti. A veces hay que ocultarlo y aparecen los perfumes, los aromas que disimulan los olores más recónditos de las secreciones, los secretos del cuerpo.

Plegarias u ocultamiento, doña Lina, sabe el poder del olor, huele la venta, huele al cliente, huele sus necesidades y deseos.

Para que la gente compre los baños de flores, tienen que sentir el olor a suerte, prosperidad y amor. (Doña Lina, en conversación con Ania Carrillo, 2016)

Ella produce entonces, baños de flores para atraer la buena fortuna, para que todo huela más, para que capte la atención de otro: “para olerte mejor”, con un baño de flores vertido sobre ti, que no necesariamente es un perfume. Ella me enseñó el arte de hacerlos. Allí mi obsesión por el olor tuvo un nuevo pliegue: producir olores y ya no solo esperar a que llegaran Doña Lina, Don Mario y Manolito a compartir conmigo comida y saberes. Me enseñó esta mujer que los olores pueden ser imanes, brújulas... Orientan a la fortuna, la atraen. He aquí las enseñanzas de doña Lina.

Los baños de flores

Paso 1: En un mortero, machaca los pétalos de la flor hasta que quede como una pasta.

Paso 2: Pon a hervir agua en una olla, una vez que ya esté en ebullición vierte la pasta de pétalos en el agua.

Paso 3: Con una cuchara de palo, mezcla durante 20 minutos, eso estimulará la destilación y aparecerá un olor más fuerte.

Paso 4: Baja el fuego y deja que el agua se evapore hasta que el olor quede muy concentrado, luego agrega un gramo de sorbato de potasio (es un conservante con derivado natural) y diez gotas de fijador de aroma (es opcional, este es un químico que ayuda a que el olor permanezca por más tiempo).

Paso 5: Apaga el fuego y deja reposar hasta que la mezcla se enfríe. Una vez tenga la temperatura adecuada, vierte el baño de flores con un embudo en un envase plástico. Deja que algunos residuos de pétalos se cuelen en el líquido. Cierra con una tapa, al pasar los días la concentración del olor será más intensa.

Y estas son la flores que me dijo que usara:

Para el amor: rosas rojas

Para la suerte: el pinoplio, margaritas amarillas o el girasol

Para la prosperidad: el fuye, el pompón

Para el dinero: eucalipto

Para encontrar empleo: margaritas blancas, claveles

Y los modos de uso son:

1. Intervienes la piel de tu cuerpo con el baño de flores a lo que quieres OLER. Caminas bien cerca de la persona a la que quieres influenciar con tu olor, para que la estela quede impregnada en su memoria.
2. Despedir un olor intenso requiere de un ritual, de una disciplina. Despiertas en las primeras horas del día, agradeces, te desnudas y entras al baño; al bañarte con agua y jabón oro (el que se usa para lavar ropa) estimulas los poros de la piel, los abres. Antes de salir a la calle, te pones dos gotas de baños de flores, detrás de cada oreja. Serán, quizá las 9:00 a.m.
3. Después del almuerzo, a las 2:00 p.m. en el pecho, frotas otra cierta cantidad de baño floral; al caer la noche, es decir a las 6:30 p.m. rocías por todos los rincones del cuerpo, axilas, genitales, trasero, cuello.

Esto me enseñó Doña Lina:

Hueles para que los demás estén conscientes de tu presencia: harás que se acerquen más a ti, irradiarás buena fortuna.

Y yo aprendí. Preparé durante casi dos meses baños de flores y como ella los vendí. Ella me brindó el espacio para hacer la venta el 22 de mayo de 2016. Cada frasco a \$500 pesos. En menos de 3 horas la mercancía de 150 frascos, se había agotado. Tuve que producir un baño de flor en una especie de la-

boratorio artesanal improvisado y venderlo al menudiao en bolsitas de Boli bajo el nombre de “Dinero reforzado”, para que nadie que pasara por allí y quisiera comprar el producto, se quedara sin su baño para la suerte. Ahora también supe ese día que todos querían oler bien. ¿Qué es oler bien?

Buenaventura – Valle del Cauca

31 de mayo al 9 de junio de 2016

3.8801000° de latitud

-77.0311600° de longitud

25°C de temperatura promedio al año

19 m de altitud sobre el nivel del mar

100% de humedad relativa promedio

Atlas Provisorio Bonaverense

* Aire: Al subir 70 escalones de corrido sin parar, la respiración y el aire en mis pulmones disminuía.

*Tranquilidad: Al extender la mirada hacia el infinito del océano Pacífico, veo un barco alejarse. Mi mente se puso en blanco, mis ojos se cerraron me sentí como si estuviera soñando.

* Viento: Era raro sentir cómo la brisa suave se colaba entre mis piernas; eran cosquillas, me daban ganas de quedarme quieta.

*San Yu: Mi mirada se volcaba una y otra vez hacia esas casitas. Me quedaba observando fijamente, tanto que no sé por qué se perdía mi estado consciente. Quería sumergirme en San Yu, entrar allí.

San Yu

Es San José, San Jo, San Yo, San Yu.

Lugar prohibido, no visto, invisible, rodeado del inmenso mar. Podría ser un paraíso, pero es más, es menos: es toda la basura de Buenaventura. ¿Qué pasa si bajo las escaleras y entro a San Yu?

— No mija, ¿usted quiere salir muerta, robada o violada de ahí?

No creo que sean personas diferentes a lo que cualquiera somos, pero no se

trata de ganar o perder más moral, es que no puedo entrar y me persigue la curiosidad, un extraño deseo: es que viven sobre la basura, el agua, el fango, casas perfectamente construidas sobre maderas, palafitos, sus patios son cocinas ancestrales, el patio en el que se crían hasta quince hijos y los hijos de los hijos. Caminos de tabla balsa, perfectos, dirigidos hacia cualquier dirección de ese “barrio”, que es autónomo, ajeno a la ciudad. Los habitantes de San Yu no necesitan de la ciudad, prefieren estar lejos, pescar, tomar de la tierra y vivir rodeados de otras riquezas. Es que a los ojos de los extraños, ellos son los pobres, los que viven entre los desperdicios, los que son feos, los que huelen mal.

Prohibido entrar allí. Nadie entra sin el permiso del “jefe” a San Yu. Este malandro no se habrá percatado de que es de carne y hueso, que nació de una madre, que llora, caga, come, sueña, ama, y huele... ¿A qué olerá este hombre que atemoriza a los otros? ¿A qué olerá su poder de vejar a sus semejantes?

Fotos en zoom, imágenes detenidas en instantáneas, son las que puedo llevar en mi mente. Vi a San Yu desde la distancia. No pude derivar por ese territorio como derivé por el centro de Barranquilla.

San Yu, San Yu. Me gusta como suena. Quisiera hacerte una canción, San Yu, pero, “¿cómo sueñas” tú? ¿Cómo la sangre de África? ¿Cómo tus tambores? ¿Cómo tu lengua nativa?

¿A qué hueles, San Yu? ¿Será que el sonido y el olor resuenan?
Cuando me pregunten “Y ¿qué es lo que más recuerdas de Buenaventura?”,
yo diré: San Yu, porque me fuiste prohibida desde el primer momento en
que te vi.

La Galería

En el primer piso de esta galería encuentras hierbas, pescado, tripas de pescado, harinas, sangre de pescado, piangua, tortugas, huevos, arroz, frutas. Allí hago transacciones de palabras, de dinero, y me penetran todos los olores de que se inmiscuyen unos con otros. Nadie controla el olor. El olor es libre de explotar, contaminar, contagiar, acariciar, aparecer y desaparecer.

- Buenas, ¿será que tiene, yerbabuena, eucalipto o menta?
- No, niña, yo no tengo eso aquí.
- Pero algo, como para hacer tecitos.
- Sí. Tengo toronjil y manzanilla... ¿Solo quiere ese poquito? Le voy a dar de varias clases para que mezcle. Vea, huelo, sabroso, ¿no? Yo ya no huelo de tanto estar aquí. Me toca acercarme las hierbas a la nariz, bastante, pa' acordarme a qué huele... Oiga, niña, y ¿pa' qué es que quiere tanta hierba?
- Es para el dolor de cólico.
- ¡Uuuy! Lo que aquí le estoy juntando, usted lo echa en agua hirviendo,

echa un poquito de cada una y eso le sirve hasta pa' tres días.

– ¿Cuánto le debo?

– Ummm, hay como \$ 3.000... Espere ya le devuelvo los \$1.000.

– No, quédese con eso, olvidaba algo: el jengibre

– Espere niña y le consigo, pero es que se vende de \$2.000 en adelante

–Tenga \$1.000 más y hágame el favor de conseguirlo.

Y mientras espero, mi cuerpo queda allí expuesto a todas las sensaciones: bullicio, colores, olores... Expuesto. Buenaventura es la experiencia de la exposición del cuerpo a lo inédito, a lo insólito, a lo inaudito, y al escándalo. Sí es escándalo que el mayor puerto de Colombia viva entre la máxima opulencia de ladrones y la máxima pobreza para la mayor parte de los cuerpos de sus ¿habitantes?, ¿ciudadanos?, ¿pobladores? Y mi cuerpo expuesto, impotente... Aquí a la espera de un jengibre que una mujer que me traerá...Esta espera me devuelve a la pregunta por lo humano y lo inhumano y al olor que parece que los vincula.

–Tenga niña, pero no la vaya a lavar toda porque se le daña: solo lave el pedacito que se va a comer. Sabe si quiere le echa un poquito a la sopa, le levanta el olor y le da un sabor picantico, oiga y no olvide lavar todas las hierbas antes de cocinarlas.

(¿Cómo no recordar mis encuentros con Doña Lina y su familia, las comidas que compartí con ella, las conversaciones que tuve allí en ese puesto de flo-

res en el Centro de Barranquilla? La vida que pulula y hueles y hueles, y te busca, te atropella, te atrapa o ¿te repugna?)

- Ve a y ¿todos los días está por acá?

- Sí, yo trabajo desde muy temprano, me vengo desde las 6:00 a.m. Antes de llegar a la Galería entro a la iglesia, porque vea, lo más importante es encomendarse a Dios. Yo con este trabajo saqué adelante a mis nueve hijos. todos ellos son profesionales, pero fíjese que últimamente, me he tenido que venir al puesto casi a las 10 de la mañana porque me estoy haciendo unos exámenes médicos, es que no me he sentido muy bien de la pierna últimamente, pero ahí voy.

- ¿Cuánto lleva por aquí?

- ¡Uuuuuu, ya llevo 30 años! Esto desde que yo recuerdo, es igualito, no ha cambiado nada, mínimo, ya le han hablado mal de esto por acá, pero aunque hablen pestes, aquí nadie se mete con el otro. Mire yo con este puesto le di educación a mis hijos, yo quedé viuda muy joven. Mi marido murió en un accidente en el muelle. Pidiéndole fuerzas al Señor tengo hijos ingenieros, otra que es enfermera, el otro supervisor de la Postobón, otra que trabaja con idiomas, uno lo único que les puede dar es la educación. Ellos me dicen que deje de trabajar, pero si lo hago me puedo morir y ya tengo 77 años. mi nombre es Magdalena.

Y al subir al segundo piso te topas con las cocinas de Doña Nelly, La Hija de

Carmen, Aquí es Aleida: especialidad en mariscos, deléitese con un delicioso sancocho de pescado- camarón- toyo- piangua- calamar- tortuga, plato triple, puesto # 5.....y muchas más que llevan nombres, todas, de mujeres. ¿Cómo no recordar a mi abuela Olga Mendoza y su sartén cuyos olores son indelebles?

Gracias Magdalena, Nelly, Lina, Olga...

El fango

El Pacífico se ausenta, la podredumbre se asoma. Con ella, vidrios, papeles, madera, pañales, plástico, bolsas, cartón, alimañas que no sabes si son del agua o producto de la basura. El paisaje se percibe por su dimensión y por su olor.

El agua de sal pareciera esconderlo, lo adormece, pero el calor del sol lo reactiva. A lo lejos sientes un aroma hedionda, pero tolerable, porque es fango con sal.

Madera mojada

Madera hedionda, jedionda, mojada, húmeda, fangosa. ¿Por qué me persigará el hedor?

Madera que toco con mis manos, madera que significa un hogar: es padre, madre, abuela, hijos, hogar. Madera que muchos desechan, pero otros toman y levantan como refugio.

Toc, Toc, Toc, Toc. Así suena la madera cuando es puerta. Toc, Toc, Toc o así me imagino yo que suena la madera seca que ha devenido puerta de una edificación.

Un coito interrumpido, así está mi pensamiento ahora. Todo a mi alrededor interfiriendo lo que necesito decir, ahora. Retorno a la madera, , pero ya no seca sino húmeda, mojada como la que hay en Buenaventura.

Y pienso en otra cosa, besos, aquellos besos que se perdieron como las maderas flotantes en el mar, alguna de ellas, yo las podría abrazar, no dejarla ir, eres tú que te me fuiste, eres tú que te me vas y me siento triste. El olor del amor que se va, y lo sé mientras el olor de la madera húmeda de este puerto me invade toda.

Madera con la que se construyó Buenaventura. Madera mojada que me engaña, haciéndome creer que está podrida, madera de mis abuelos, madera que llega a este puerto y quizás ha recorrido el mundo entero. Madera que me sirves de puente, puente que atravieso con miedo, con vértigo y de vez en cuando tiemblo. Me lleva de la orilla a un agua podrida. ¿Será mi cuerpo capaz de entrar en esa agua? ¿De ser tocada por ella?

Si te hago una casa bonita en madera, ¿te vendrías a vivir conmigo, a este

puerto de ensueño, a la orilla de este mar del Pacífico? ¡Cómo te veo, cómo te sueño, cómo quisiera que estuvieras aquí conmigo!

Madera verde, madera hedionda, madera que sostiene las casas en el agua en esta tierra de bellas negruras, que se libertaron y se siguen libertando, que ahora ríen con soltura y bailan la salsa que retumba en el mundo entero. La risa, el olor. El grito. El baile. Tura, la tura de madera húmeda.

Cuerpos negros

Cuerpos negros, piel negra, culos grandes, duros, cuerpo fuerte tonificado, manos con olor a pescado, a fangal de sal, dientes blancos perfectos, cabellos rizado, churco, churquitos, pelo “malo”. Sexo fuerte sudor, pasión mirada profunda, ancestral.

Palenque, palenquero, lengua africana que me antecede. Un padre y la hija que lleva de la mano a la orilla del seco malecón y miran a lo lejos, a un mar distante, ausente, estando allí tan presente.

Raza mía, color mío, piel negra con la que nací.

Te huelo, te siento, te heredo, te llevo.

Figura de lucha, de siglos, símbolo de libertad,

Negro Timbo

Negro Azul

Negro Negro

Negro Marrón

No pasa el tiempo en la tez negra; las arrugas luchan para surcarla. El tiempo a lo mucho pinta la cabeza con canas. Como si fuéramos el retrato de un Dorian Grey negro y plebeyo.

Las tetas grandes de las negras, los culos grandes de las negras, mamá Loncha era una negra que le dio de mamar con sus tetas a dos hijas blancas, paridas de sus entrañas.

Quisiera ser más negra y tener la bamba más grande. Y ¿oler más a negra? ¿Huelen los negros como dicen? Todos olemos a algo, pero ¿por qué se dice que se huele a negro? En el siglo XXI lo decimos con todas las letras: es el racismo, la xenofobia, la necropolítica. Es pensar que hay que eliminar ciertos olores, a ciertas personas... Y yo digo: la verdad de la vida está en el olor, en los olores. Y así me empiezo a buscar mi olor a negra, a mujer, a perteneciente a la especie de hombre, a la especie animal que me habita, que nos habita. Y ...

Cuándo vine.

Cuándo.

Forzada y maltratada los días y las noches se pierden. El dolor se instala y la memoria ahuyentada me deja vacía. Llegué mal. Más que enferma. Destrozada. La piel abierta. La sangre fluyendo por las muñecas. Por los tobillos. Por el cuello. Aterrorizada llegué. Oscuridad duradera en el hueco donde nos metieron. Noche alargada sin luna. Un poco de día se filtraba cuando abrían arriba para darnos el jarro de agua, la masa de grano y harina. Luna que no veía y guiaba la oportunidad de las siembras, el corte de la madera. Cuántos soles y lunas se fueron mientras flotábamos en el lomo de esta bestia que ruge y amenaza. Más que adolorida. La sangre se sale y la rabia me llena. Veneno que se posesiona de mí. Empujados de los escombros propios: vómitos y aguas del cuerpo. Sangres de la luna y sangres de las heridas. Mierda que se convirtió en un agua suelta y fétida que nos quemaba las nalgas. Pus de las llagas sin cerrar. Muertos que se deshacían fuera de la cueva y se inflaban

sin convertirse en tierra ni en aire. Ambiente espeso que entraba con dificultad al respirar y nos corría por dentro. Empujados salimos al día. Cuál día. Luz sin clemencia de lo alto y brillo cegador abajo. Nos cuentan. QUITAN las cadenas y los hierros a los muertos y los tiran a la bestia del mar. Me da sufrimiento que se pierdan en este lugar desconocido donde quedan a la deriva y sin el árbol de ceiba donde ponemos su nombre y sus acciones para que los paseantes y los vientos y los pájaros cuenten del muerto y él sepa que su recuerdo lo tenemos acá y esté tranquilo en la muerte, sin reclamos. (Burgos Cantor, 2007, p. 104)

Sí: los escritores hablan fetideces como decía Kafka. Tienen que hacerlo. Tienen que hacer emerger las verdades. ¿Qué más verdad que el olor? Y, ¡qué cantidad de posibilidades tiene el olor! Tantas como la vida misma.

Barichara y Lubigará – Santander

3 al 7 de agosto de 2016

6.6330000 ° de latitud

-73.233 6° de longitud

23° c de temperatura promedio al año

1336 de altitud sobre el nivel del mar

84% de humedad relativa promedio

Lubigará es una pequeña vereda que queda aproximadamente a 30 minutos de Barichara en moto o automóvil. Dormí en una parcela, ubicada en este lugar y todos los días me movilizaba de Lubigará a Barichara. Era un estar en dos sitios casi al mismo tiempo.

La casa quinta de la Señora Andrea

La suave brisa levanta una leve estela de olor a arcilla seca, a madera vieja, a humedad. Camino en medio del patio, observando con detenimiento la disposición de la casa, su antigua arquitectura, mi mente recrea el pasado y en un adoquín color rojo ladrillo,, se halla la siguiente marca “Agosto 25 de 1476”. Esa fecha me pone a dudar, ¿504 años? O ¿es que no logro distinguir bien los números? De ser así, en esa gran quinta la huelo la historia, la siento, está ubicada en Lubigará. Volvería allí sin pensarlo dos veces.



Los olores fotográficos

Camino a tomar una moto- taxi, en el sendero hacia la carretera que da de Lubigará a Barichara, una pisada se sorprende con un gran cagajón de vaca, al mirarlo en plano cenital y acercando un poco mi nariz, el olor particular de las heces compuesta de pasto, hierba, monte, amplían mis fosas para oler con mas intensidad aquel aroma exquisito- natural.

3 de agosto de 2016

8:45 a.m.



Cuando el reloj marca las 11:45 a.m. casi siendo la hora para almorzar e irse a la casa, las manos, la cara, el uniforme, huelen a mina, a madera de lápiz y borrador de nata.

3 de agosto de 2016

11:45 a.m.

Madera y arcilla seca, lugar abandonado, mientras me maravillo de tal estructura, me ubico en el centro de ella y huele a madera y arcilla seca, alguien a lo lejos me advierte ¡cuidado con un perro bravo que por ahí anda! (Lubigará)

3 de agosto de 2016

2:00 p.m.



En medio del patio de la casa quinta de la
señora Andrea, olfateo: humedad, hieba, madera,
ropa recién lavada, ladrillo, antigüedad.
(Lubigará)

4 de agosto de 2016
10:00 a.m.



Vaca
Pasto
4 de agosto de 2016
3:00 p.m.





Cama catre donde según los pobladores de Lubi-
gará, durmió en uno de sus pasos por el pueblo,
el Libertador Simón Bolívar.

¿hay algo de tu olor, todavía, Simón?

(Casa quinta de doña Andrea)

5 de agosto de 2016

7:00 a.m.



¿Por cuantas partículas estará compuesta una molé-
cula que compone el olor a arcilla?

5 de agosto de 2016

11:00 a.m.



Cuando el pan se hace en horno de leña, huele mas, sabe mas, toda su composición se transforma, lo hueles varias veces antes de llevártelo a la boca y degustarlo.

(Casa quinta de doña Andrea)

5 de agosto de 2016

4:00 p.m.

Una historia que me huele todavía en el
presente.
(Casa quinta de doña Andrea)

6 de agosto de 2016

3:30 p.m.



Bogotá D.C.: La ciudad que no me huele

1 de agosto a 1 de diciembre de 2016

4.6097100° de latitud

-74.0817500° de longitud

17° c de temperatura promedio al año

2582 m de altitud sobre el nivel del mar

93% de humedad relativa promedio

Caminando – olfateando

Al llegar a esta ciudad de vientos fríos, de lluvias frías, de cuerpos fríos, de miradas frías, se me despierta la obsesión como cuando solo olía mocos, mi infancia, mi tiempo de asma: busco el olor porque parecería que nada huele.

Mi nariz no percibe ningún olor fácilmente: ¿el cambio de tierra caliente a tierra fría, obstruyó mi nariz?

Cuando camino al lado de una canalización, husmeo y no huelo a nada.

Caminar al lado de una pared meada: nada. Solo si estoy a unos 50 cm, ahí sí, me penetra el olor ácido de los orines.

Mes y medio en Bogotá: por fin a la distancia la nariz huele a pasto verde...

En una avenida, casi te asfixia el olor a humo de los carros... Andas debajo de un puente, en un gran cruce de calles, camino y huele a mierda fresca de humano.

¿Cómo olerá en esta tierra fría un fragmento de mar y de arena de la costa Caribe?

Dos meses y medio: llega en un contenedor de icopor y adentro cuatro tarros plásticos con agua y tierra de mar. Abro con ansias para sentir el olor, meter la nariz, acercarla a menos de 5 a 10 cm. No huele a nada. No huelo nada:

NOOOO

NOOOOOOOOOO HUELE

NOOO

OOOOOOOOOOO

¿¿PERDÍ EL OLFATO? ¿SE DURMIÓ EL OLOR?

NO HUELES, MAR, O ANIA NO TE HUELE?



Mis preguntas por el olor

Pensar el mundo desde su olor permite entrar a una dimensión de la vida que nos coloca frente a un umbral riesgoso. No sabemos nunca qué olor puede saltar.

Creo que frente al olor somos vulnerables. Este nos invade sin anuncio ni predicción alguna: llega a nuestras narices sin reparos y sin distinción (pero solo por un instante, el cuerpo busca entender lo que significa esa invasión intempestiva de olor), salvo que las fosas nasales estén obstruidas. Sin embargo, normalmente preferimos narices despejadas, para que el oxígeno llegue a nuestros pulmones y podamos vivir.

El olor es autónomo en su naturaleza de producción, en la manera como se propaga, como penetra, se instala y perdura. Pese a que la ciencia química ha inventado miles de fórmulas para neutralizarlo, me atrevo a afirmar que no serán nunca tan precisas como la propia física-molecular de la producción de olores que hace la vida.

El olor guarda sus convencionalidades comunes, no obstante cuando una persona es atravesada por un olor evoca emociones, su memoria, imaginación y cuerpo se activan sin control. Como si cada olor generara una huella dactilar.

¿Por qué hay olores de nuestra infancia? ¿Por qué un olor nos recuerda a

una persona, cosa o situación? ¿Cómo es el olor que nos excita para llegar al sexo? ¿Sabe cada quien, a qué huele exactamente su cuerpo? ¿Por qué si un olor no agrada es motivo de rechazo, por qué evitamos soportarlo?

La ciencia quizá tenga respuestas comprobables a estas preguntas, pero las personas que no poseemos estos conocimientos de la ciencia del olor, tenemos una manera particular de estar en el mundo: husmeamos.

Yo no sé aún, porque es uno de los tantos deseos que me mueven ahora, cómo continuar desarrollando este trabajo artístico. Podría parecer tonto. Cualquiera podría decirme con rapidez que los olores del mundo son sólo de dos tipos: los que huelen delicioso y los que huelen horroso.

Lamento tener que decirle que la vida no se limita tanto como nosotros lo hacemos y en asunto de los olores, mucho menos. Es interesante saber, por ejemplo, cómo la señora que barre las calles de cualquier ciudad percibe, siente, piensa, cuando se le atraviesa un cierto olor, más allá de lo rico o feo, delicioso o asqueroso.

He encontrado en esta ruta del olor en la que me he embarcado, a varios artistas que quieren encontrar otros diálogos con respecto al olor: Oswaldo Maciá que ha trabajado con mierda; Eduardo Kac que ha hecho un libro titulado Aromapoetry que se lee solo a través del olor; Peter De Cupere que propone dispositivos de olores que evocan la belleza de lo horroroso de la guerra o reconfortables olores de casas hechas de quintales de basura;

Sissel Tolass que han buscado y encontrado un nuevo alfabeto para fragancias y olores singulares. Reflexiones filosóficas como las de Michel Serres, Rodolfo Kusch y Adriana Urrea. Esta plantea que el olor pone en jaque cualquier discurso sobre la política. Me he topado con antropólogos de los sentidos como Constance Classen, David le Breton y Héctor Henríquez; de psicoanalistas como Fabián Ortiz, que hacen hincapié en la necesidad de pensar el olor si se quiere pensar seriamente la cultura. Todos me han mostrado que me falta mucho por descubrir, pero me han acompañado en un proceso que puede ser tan solitario: buscar el (los) extraño(s) olor(es) que puede(n) haber en mí. Los olores que ya he encontrado me han sorprendido, amenazado, provocado. Me han llevado a superar mis propios límites y los de cualquier imaginación olfativa. Hay combinaciones posibles que llevarían al infinito.

Etéreo como es el olor, ocupa, invade otras materias, otras formas: las modifica. El olor hace una simbiosis con el entorno; es un agente singular: está al acecho para aparecer y tomar, habitar, un árbol, un perro, un papel, una fruta, un textil, un metal, etc.

Así podríamos permitirnos husmear el mundo hasta el infinito y seguir preguntando siempre ¿a qué huele? Y la respuesta siempre insatisfactoria. Hay algo inaprehensible en el olor.

El olor nos obliga muchas veces a acercarnos al mundo. No tiene la condi-

ción de distancia que exige el ojo. El olfato nos obliga a mantener una relación estrecha con el mundo. Todo huele; ni siquiera lo que se ha considerado inoloro no huele. Somos nosotros, los humanos los que hemos perdido la agudeza para sentir ciertas moléculas

El olor se transforma en deseos, emociones, imágenes, recuerdos, memoria, y sucede así porque esta función en el cuerpo humano, lo cumple la parte más primitiva del cerebro. ¿Será por eso que el olor nos lleva a lidiar con uno de los aspectos más volátiles de nuestras vidas que son las sensaciones, los sentimientos y las emociones?

Continuación de mi producción de olores

La dificultad que tuve para oler en Bogotá me planteó las reflexiones anteriores y con ellas continué la exploración del olor, pero entonces ya no de los que provenían del mundo exterior, sino los que se producían en mi cuerpo. El olor propio que, sin embargo, es un extraño. Como si lo siniestro o extraño de lo que hablara Freud se concretara no ya en imágenes mentales, sino en secreciones y sus emanaciones en olores que estaban fuera de mi control. Busqué entender científicamente cómo se producían los olores, y tras haber hablado con químicos y entrar a sus laboratorios supe que mi deseo vinculado al olor y al olfato no pretende ubicarse en

el ámbito de lo científico. Ya hay suficientes investigaciones al respecto. Alguien, me preguntaba si mi “objetivo” era sustentar alguna nueva teoría (científica) referente a las formas del olor. Y mi respuesta fue tajante: No. El hecho que mis producciones de baños de flores se hubiesen envasado, de que quise capturar en frascos de muchos tamaños y dimensiones los olores que se me escapaban, y que por ende acumulara muchos de ellos, en los que el tiempo pasaba, pasa y sigue pasando y la vida con él, no significaba sino que necesitaba encerrar lo volátil: las moléculas de olor. Me aproximó a estos envases, con una urgencia vital, olfativa, como una adicción, pero también con temor. Y es que la vida tiene derivas insospechadas. ¿Quién sabe qué se va cultivando en ese espacio transparente, pero hermético? ¿Quién sabe que le ocurre al cuerpo en sus diarias producciones de vida y que buscan salidas de evacuación por sus orificios? Yo he querido arriesgarme a indagar cada día a qué huelo yo. Cuando regreso a mis frascos, que son lo más simples y comunes, sin ningún tipo de diseño artístico o de línea química, veo que la vida del olor es inseparable de su transcurrir. En silencio, cada materia y su vida molecular vive su encierro y se instala en él. Esta palmaria instalación me impide trasladar un contenido molecular a otro contenedor: ya no sería el mismo. Así que acumulo olores y trato de no interferir en un proceso que veo que va andando allá adentro.

Destilando mi cuerpo

A pesar de esta urgencia olfativa aún no me es tan fácil oler el entorno. Y quizás por ello también desde mi llegada a Bogotá me dediqué a olerme a mí misma. En esta indagación me topé con que soy un ser de fragmentos de olor: pierna derecha, abdomen, brazo izquierdo.... Parecería que la naturaleza me habla y me dice que así es que existo en el mundo: a través del olor, de olores. Sí ya lo había dicho: Huelo luego existo. Pero también, tengo la posibilidad de producir olores, que mi cuerpo destile, a través del calor y sudor, olores, que no conozco. Me dedico entonces a producirme a través del olor.

Y me pongo a sudar, que es lo más próximo a destilar. Sudar requiere calor y me implica mucho esfuerzo físico si deseo que el sudor sea profuso. Considero que este desgaste energético vale la pena, pues me permite extraer olores incógnitos, extraños, ajenos a mi cotidianidad. Guardo esa agua que sale por los poros de mi cuerpo, la envaso, y quién sabe, si decida, algún día, con el paso del tiempo, reactivarla, hacerla vapor, moléculas. Descubriré entonces, quizás, un olor extraño. El extraño que hay en mí. Pero también tengo un deseo furibundo de compartir con otros. Huelo a las personas en sus prendas de ropa cuando no están en ellas, las huelo cuando están presentes, ¿A qué huelen?

Esta pregunta y el riesgo de encontrarme con el extraño en mí, me mantienen en alerta, siempre vivo, nunca zombie, mi deseo de oler.

Olfato en fragmentos

1. Partes, todo se halla en fragmentos

Raro pero familiar

Estar y a la vez colocarse lejos de donde realmente se está

Tiempo de pensar y verlo todo a través del olor

Ver al ser amado solo a través del olor

No estar ciego, ni ausente, es levedad

Sentir el olor, sentir el olor del paso, de otra ciudad

Oler a triste, oler a un amor que se sufrió

No querer que ya nada huela

Que no huela a nada

Sería lo mismo a no sentir, para que no duela el alma

¿A que huele el alma?

O

L

O

R

Cuando nos morimos, olemos a podrido (*Inspirado por la muerte de Carolina Acosta). ¿Por qué?

No importa si fuimos buenos o malos

Fragmentos

Así huelen los pensamientos, los sueños

Huelen por partes

Cansa imaginar a qué huelen la guerra, la muerte, la política, la injusticia

El amor no huele a rosas, ni siquiera se toca como un pedazo de pan caliente

¿Cómo oler el desamor sin que duela olerlo?

Olerse por dentro, nadie es consciente de cómo huele por dentro

¿Quién dijo que un olor es delicioso u horroso?

¿Quién dijo que un olor es bueno o malo?

¿A que huele Dios? (*Pregunta que choca a un ateo)

Olor a bondad

Olor a tolerancia

No es una prédica moral

Olor a luchar

Olor a vivir

El olor de una acción química sináptica cuando el cerebro genera un pensamiento

Olor del olvido
Olor de la resignación
El olor de la insensibilidad
Olor a te extraño
Olor a un nuevo deseo
Olor a exhumación y no de un muerto
Olor de los ojos cuando despiertan por la mañana y ven la luz del alba
El olor de las lágrimas en medio de la madrugada
El olor de la incertidumbre
El olor del silencio
El olor de pensar que vives en la equivocación todo el tiempo
Vacío que huele a tantas cosas que son imposibles de materializar
El olor de estar turbado bajo la inmensidad de la noche,
Un ABC de olores que no existen, que se inventan.

2. Una experiencia en fragmentos

La falta que me hace el olor de mi ciudad
Un te extraño en medio del olor del frío, que casi no percibo
En medio de moléculas esparcidas en el aire, las huelo y me lleno de pensamientos

Evoco emociones y sentimientos, siento que amo cuando huelo, olfateo
La curiosidad por primera vez de oler más allá de lo que he olido en mi
vida

He olido por instinto, todos olemos nuestro alrededor por instinto

El olor de un cuerpo que amé, que amo, es lo que más recuerdo

Olor, su cabello

Olor, Su boca

Olor, sus mejillas

Olor, sus axilas

Olor, su pecho

Olor, sus genitales

Todo olía siempre distinto, me huelo a mí misma, y huelo en un mismo
cuerpo de distintas formas

Si el mundo no oliera, no existiría

El olor es la vida misma

Antes que enamorarte por cualquier otro sentido, te enamoraste primero
por el olor

Angustia cuando no huele nada

Alivio cuando un olor a orina cítrica, fresca en un rincón de la pared de
una calle, pasa por tu nariz

La curiosidad de oler a un nuevo amante

¿Será que también olerá diferente en sus “varias partes”?

¿A qué huelo por dentro?

Lo único, más cercano, que podría decirme a qué huele mi alma, sería
aquello que llaman aliento y expulso por mi boca

No hay exactamente un nombre que describa el olor de ese hálito o pedaci-
to de aliento interior

Una constelación de olores, inventadas, comprobadas, percibidas

Que otros me digan cómo es el mundo a través de los olores que ellos per-
ciben

La enunciación de un olor nunca llega a ser de forma pura, ya ha sido
filtrada y velada por capas de percepciones de aquel cuerpo: fosas nasales,
epitelios, células receptoras especializadas, también llamadas neuronas
receptoras del olfato, bulbos olfatorios en el cerebro, estructuras del siste-
ma límbico, neocorteza

Excitación por el olor, deseo por el olor, pasión por el olor, Sexo con olor

La dulzura del olor no es belleza

La belleza del olor se halla solo por ser horripilante



RETORNO A BARRANQUILLA

Diciembre de 2016

¿Una alquimista del olor?

Evoco tantas cosas que han pasado en mi vida: mi infancia, el arte, el amor por un hombre. Pienso en cómo huele mi vida ahora. Y me pregunto: ¿Por qué el afán de oler todo? ¿Cómo otros perciben los olores, lo harán de la misma forma que yo lo hago? ¿Por qué bloqueo cierto tipo de olores y busco aquellos que son más fuertes o desagradables para los demás? He intentado responderme, con afán, estas preguntas. Y todo me conduce a otro deseo: el de coleccionar las sensaciones, pensamientos, recuerdos, sentimientos que los olores dejan en las vidas de las personas. Deseo que me regalen las huellas de estos olores.

Deseo comunicarme con el mundo y con las personas a través de los olores y sus huellas. Yo produzco mi olor para ellas, desde lo más recóndito de mi cuerpo, se los comparto. Un riesgo, porque el olor es un misterio. Las convierto a que me dejen un rastro de su singularidad a través de las huellas del olor que han marcado sus cuerpos y memoria, ¿cómo se sintieron frente a esa disposición de materiales que me acompañan?

No sé si esperan que algo de mi parte que intervenga con más relevancia, pero apelo a una necesidad del ser humano. Sumirme en el olor, me ha llevado a descubrir que una forma de obtener olores es destilando una materia a través de la activación del calor, con el fin de obtener su esencia.

El haber podido recorrer algunas regiones del país me hizo consciente del ser afectada por sus olores. De todos estos viajes, vivir por varios meses en Bogotá fue el más significativo. Cuando deambulaba por esta gran ciudad, el olor, como ya dije, parecía esconderse de mi nariz; no me era siquiera fácil oler un “mal” olor, tan difíciles de evitar. Alguien mencionó que extrañaba el olor de Barranquilla. Y regresé.

Huelo a...

Aquí en Barranquilla, en esta ciudad de calor que recibe la humedad de un río y del mar Caribe, entiendo que cada olor aunque efímero, cambiante, ocupa los lugares cerrados que le impiden su volatilidad. También sé que un olor atrapado o libre tiene una singular forma de existir y aunque yo crea que lo he producido o manipulado, él se impone según el curso de su conato natural.

Tras mi estadía en Bogotá, he bloqueado completamente todo lo que huele “delicioso o bien”; ignoro todo aquello que huele “agradable”. Sigo buscando el extraño olor que hay en mí y para ello me destilo, sudo, invito a otros a sudor: sudo en compañía no a cielo abierto, sino en socavón. Me destilo en público.

Entonces manipulo y miro esos frascos que viajaron desde la fría ciudad,

Bogotá, lejos del mar, y aunque aún recuerdo el olor de la sartén de mi abuela, de los mocos de mi época, busco mi olor, mis olores, mis fragmentos de olores. Invito a que compartamos la intensa experiencia de estar en el olor. Hueles en el mundo, existes

Huelo
Hueles
Huelo
Hueles

Huelo
Hueles
Huelo
Hueles

Huelo
Hueles
Huelo
Hueles

HUELOOOOOOOOOO

HUELES

HUELO

OLÍ

OLOR

OLEMOS Y NOS ENFRENTAMOS A LO MÁS ENTRAÑABLE DE LA VIDA.









REFERENCIAS

- Bultahaup. (año). *Sissel Tolass entre el arte y la ciencia*. Recuperado de <http://www.blogbulthaup.es/sissel-tolaas-entre-el-arte-y-la-ciencia/>
- Burgos Cantor, R. (2007). *La ceiba de la memoria*. Bogotá: Seix Barral.
- Classen, C. Fundamentos de una antropología de los sentidos. Recuperado en <http://blog.isa.edu.py/wp-content/uploads/2014/05>
- De Cupere, P. <http://www.peterdecupere.net/>
- Didi-Huberman (2013). Cuando las imágenes tocan lo real. En *Cuando las imágenes tocan lo real*. (pp. 9-36). Madrid: Círculo de Bellas Artes.
- El Duende (1999). *Sissel Tolaas. La comunicación invisible*. Recuperado de www.duendemad.com/index.php?q=node/337
- Enríquez, H. (2004). La categorización de los olores en totonaco. *Dimensión Antropológica*, 11, (30). Recuperado en <https://revistas.inah.gob.mx/index.php/dimension/article/view/6021/6884>
- Kac, E. (2011). *Aromapoetry*. Recuperado de http://ekac.org/aromapoetry.html?_ga=1.225633050.1489816216.1473562511
- Kusch, R. (1999). Introducción. En *América profunda*. (pp.23-29). Buenos Aires Editorial Biblos.
- Maciá, M. (2002). *Excrementum, Smell sculpture*. Recuperado de <http://www.oswaldomacia.com/Oswaldo%20Macia%20-%20Excrementa%20-%20video.html>

- Martínez, L. (2016). Conversaciones con Ania Carrillo Reyes.
- Mendoza, O. (2015). Conversaciones con Ania Carrillo Reyes
- Ortiz, F. (2015). ¡Qué asco de mundo! (Otra vuelta al olfato). Recuperado en <http://www.offidocs.com/osessionx01/#/client/REVGQVVMVABjA-GRIZmF1bHQ=>
- Serres, M. (2002). *Los cinco sentidos: ciencia, poesía y filosofía del cuerpo*. Madrid: Taurus.
- Simons, G. (2016). Peter de Cupere: *El artista que crea olores*. Recuperado de <http://elcomercio.pe/eldominical/actualidad/peter-cupere-artista-crea-olores-entrevista-278555?foto=2>
- Süskind, P. (1985). *El perfume: historia de un asesino*. Barcelona: Seix Barral.
- Tolass, S. (2004-2006). *An alphabet for the nose*. Recuperado de <https://old.researchcatalogue.net/view?weave=1036>
- Urrea, A. (2007). Aesthesis y anaesthesia. Espacio de olor. Inédito

